

Gabriel Jiménez Emán





Gabriel Jiménez Emán





Primera edición, Planeta, 1991

- © Gabriel Iiménez Emán
- © Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)
- © Fundación Editorial El perro y la rana, 2010
- © Centro Editorial La Castalia, 2010

Centro Simón Bolívar Torre Norte, piso 21, El Silencio, Caracas - Venezuela, 1010 Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos atencionalescritorfepr@gmail.com comunicacionesperroyrana@gmail.com

PÁGINAS WEB www.elperroylarana.gob.ve www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

CENTRO EDITORIAL LA CASTALIA Mérida - Venezuela / lacastalia@gmail.com

Imágenes de portada

Rufino Tamayo. *Las musas de la pintura*, 1932. Museo Nacional de Arte, México. Foto de autor: autorretrato con pez de Neruda, Chile, 2009.

EDICIÓN AL CUIDADO DE: José Gregorio Vásquez C. Centro Editorial La Castalia C. A.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY Depósito Legal: DC2018001033 ISBN: 978-980-14-3799-4

### Nota editorial

Fundación Editorial El perro y la rana

Esta alianza entre la **Fundación Editorial El perro y la rana** y el **Centro Editorial La Castalia**, refleja el reconocimiento del Gobierno Bolivariano a la ardua y paciente labor que vienen desarrollando por muchos años, las diversas editoriales alternativas de nuestro país y el respeto por las luchas legítimas de los quijotes que dirigen estos colectivos, por dar a conocer la creación de tantos autores locales, nacionales y universales.

Aquí se manifiesta la firme voluntad del Gobierno nacional, a través del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, por continuar la tarea democratizadora del libro y la lectura mediante una política clara: descentralización y masificación de los bienes culturales.

La reedición de estos títulos que hoy llegan al pueblo venezolano, evidencia una acción concreta de inclusión y dignificación. Su selección obedece a criterios claros de calidad y pertinencia, son libros cargados de creatividad, inteligencia, sensibilidad, valor patrimonial y conciencia histórica; reflejo de la Patria Grande que escribe su historia.

### Una excursión al subterráneo

Lo más auténtico o quizás lo más sorprendente en una literatura joven, es su antigüedad. Prueba de ello, es que cada vez que arrojamos una sonda en Joyce, encontraremos profundidades más remotas. Un lecho visceralmente antiguo se mueve sin cesar en el Ulises, libro imperturbablemente joven. En el caso de Una fiesta memorable, el relato fantástico y reflexivo de Gabriel Jiménez Emán, la memoria nos devuelve velozmente a Quevedo, cuyos Sueños son todavía hendiduras en el mundo real, un vistazo bajo la costra. Esa grotesca pirueta del tiempo, tras de la cual el autor de La hora de todos desata sobre el mundo cotidiano una invasión de homúnculos, injertos disparejos, criaturas gesticulantes y deformes que escapan por las grietas de las alcobas y los confesionarios, se convierte para Gabriel en un episodio cotidiano que, partiendo de un punto de reposo (la imagen apenas susurrante de la carta que se desliza por debajo de la puerta) inesperadamente se desquicia para conducirnos, con nuestras mismas ropas de diario, a cierta dimensión ilusoria, opresiva y aturdidora, cuyos habitantes no alcanzan a perder de un todo la compostura y los buenos modales.

Una excursión al subterráneo, un viaje a la profundidad de la conciencia, a la búsqueda del ángel extraño que al

final no es más que un resplandor cotidiano, constituyen el propósito de *Una fiesta memorable*, cuyo anfitrión es también su propio huésped. Los personajes que desfilan vertiginosamente, son apenas gestos, trazos agresivos, aullidos, alguna mueca desdeñosa o amarga. El humor estalla en medio de formas humanas, volviéndolas añicos; el instinto se cuela por todas partes; el aturdimiento, la soledad, el latido de la conciencia, el miedo y finalmente ciertos rasgos, también, de ternura y nostalgia, que hacen aparecer las imágenes de la infancia. Al final de cada instancia acude la fatiga, la enfermedad, el asco y la necesidad de reposo, que ha de concluir cuando otra embestida del tiempo nos arroje una vez más al antro de la fiesta, donde nos recibirá la pesadilla y el aturdimiento.

Como en todo descenso a los infiernos, el autor hace funcionar la trampa; no es posible permanecer afuera; bajaremos con el invitado, seremos contaminados con él, el tormento nos alcanzará por igual en cada uno de los anillos y finalmente conseguiremos escapar a la superficie, fatigados y aleccionados, aunque definitivamente contagiados también por la fascinación de la aventura.

Pero no acompañaremos al solitario invitado hasta el final; nos quedaremos, al amanecer, en una esquina, mientras él se adelanta, camino a su casa.

Nosotros, entre tanto, hemos dado la vuelta y nos alejamos del lugar, olvidándonos ya de aquel fatigado personaje, que ahora sueña verdaderamente en su recinto cotidiano donde no tenemos cabida.

Ese extremo de su soledad es incomunicable.

Salvador Garmendia



YO ESTABA MURIÉNDOME DE TEDIO en el sofá cuando vi volar el sobre por debajo de la puerta. Se deslizó con precisión hasta mis pies y yo hice el gesto alegre que siempre hago cuando veo las cartas. El papel era amarillo y finísimo; al tocarlo sentí el delicioso roce de las porosidades. Lo abrí cuidadosamente; un aroma de papel nuevo circuló por mi nariz al tiempo que leía y detallaba la belleza de los caracteres.

El texto de la invitación estaba redactado con un estilo tan abrupto y al mismo tiempo tan fresco, que me dio gran placer meterme en esa maraña de palabras que finalmente no entendí mucho, aunque se hallaba sugerida la intención de hacer del invitado huésped especialísimo de una de las más grandes fiestas que se hubiesen tributado en la ciudad.

Uno de los mejores atractivos de la fiesta era que se desconocía quiénes hacían la invitación. Tampoco estaba notificada la dirección. Los anfitriones se encargarían de recoger a cada uno de los invitados en su propia casa a una hora precisa.

Así fue, en efecto. Esa noche me vestí de blanco y hasta compré unos zapatos nuevos para estrenarlos en la fiesta. Me había mantenido varios días pensando en la gran cantidad de sorpresas que me aguardaban. Pasé varias noches en vela imaginando las sugerencias enigmáticas que se ofrecerían esa noche, y hasta llegué a pensar en un leve cambio de mi destino. Mientras más leía la invitación, más me interesaba aquella atmósfera, distorsionada ya de tanto someterla a cambios.

Días después, un automóvil enorme y brillante frenó suavemente frente a mí. Un sirviente abrió la puerta trasera; yo entré hacia aquellos asientos divinamente acolchados y me recosté a oír una música de violines melosos que zumbó en mis oídos de manera vaporosa. Disfruté de una cursilería refrescante, de esa que tememos mostrar, pero que llevamos en lo más profundo.

Poco después nos detuvimos frente al portal de una mansión. Atravesé puertas y rejas, a cuyos lados se veían unos jardines tan cuidados, que parecían pinturas en varias dimensiones, perfeccionados artificios de la técnica. Rejas y rejas siguieron abriéndose, y me mareé de tanto dar vueltas.

-Ya estamos cerca, señor -me dijo el sirviente-. No se desanime. En pocos minutos llegamos.

La enorme puerta principal era de madera labrada, repleta de arabescos y de formas fantásticas. De todo aquello logré percibir con claridad una imitación del Kama-Sutra, donde una mujer había rodeado con sus piernas la cintura de un hombre parado. El hombre poseía un inmenso falo central, custodiado por otros falos más pequeños que le crecían por todo el cuerpo. La mujer tenía una expresión de estar disfrutando el paraíso.

Al quitar la vista de la incrustación, un haz de luz me cayó sobre la cara, y cerré los ojos. Al abrirlos alguien me estaba ofreciendo ya el primer scotch, cuyo aroma no tardé en disfrutar. El primero lo bebí de un solo jalón, para poder soportar el impresionante espectáculo que tenía ante los ojos: miles de hombres y mujeres bebían y conversaban, formando un horizonte de cabezas que se perdían de vista en un confín circuido de columnas. De pronto parecía que hubiesen sacado el agua de un mar, y sobre ese hueco levantado aquellas inconcebibles columnatas. La marejada humana se movía continuamente; el tin tin de los vasos, unido a las voces, a las carcajadas y al alocado movimiento de la gente hacia las viandas de entremeses, conformaron un movimiento tentacular, un desplazamiento de millones de pulpos diminutos pugnando por no chocar. Las mandíbulas no cesaban de masticar infinidad de preparados, especialmente de esos que dejan una gruesa capa de grasa en los labios y el estómago.

Tuve que empinarme tres *whiskys* seguidos para poder penetrar en aquella masa moviéndose hacia todos lados. Los sirvientes se empeñaban en ser cada vez más amables, y su insistencia se convirtió en algo tan insoportable, que me vi obligado a deshacerme de ellos mediante el uso de palabrotas.

No sé si fui yo quien se lanzó contra aquel tumulto, o si fue el desdoblamiento de mi primer anhelo. Por unos momentos pensé que alguien me había tironeado el alma y experimenté un desgarramiento, una caída hacia la nada. Cuando estuve del otro lado me pareció haber salido de un río cuyas aguas jamás habrían de acompañarme.

Pronto olvidé esto, al ponerme en contacto con un grupo de adolescentes que bebían vino y fumaban una hierba oscura. Estaban sentados en el suelo, y el humo espeso que despedían me atrapó completamente. Me agaché, un poco mareado. Una muchacha delgadísima y pálida me ofreció de la hierba, sonriéndome como si unos dedos invisibles le hubiesen tirado de cada extremo de los labios. Después de me di cuenta de que todo el grupo sonreía así, pero ese descubrimiento se hizo menor cuando, al acercarme a uno de los muchachos buscando conversación, él hacía todo lo posible por no mirarme a la cara. Entonces me dirigí a la primera muchacha, e hizo lo mismo. La hierba ya se me había subido a la cabeza, y la obligué a que me mirara. Gran decepción: en lugar de ojos tenía unas inmensas cuencas negras. Los otros adolescentes levantaron sus espantosas cuencas hacia mí, con la misma sonrisa. Esta vez fui yo quien salió despavorido.

Tomé tanto impulso que fui a dar contra unos invitados, los cuales bebían serenamente en un rincón. Tropecé con ellos y derramé sus bebidas. Una vieja de unos ochenta años me miró con tanta furia, que pensé iba a saltarme al cuello.

- −Perdón −dije.
- -Ahora mismo va usted a llenar mi vaso -afirmó.
- -Sí señora -respondí, y comencé a orinar en el vaso, hasta llenarlo y rebosarlo. El orín caliente le corrió a la anciana por las pronunciadas arrugas de la mano. Me alejé profiriendo unas estruendosas carcajadas mientras la vieja, temblorosa, no dejaba de apretar los dientes.

Con tanto trago encima, las inhalaciones de hierba y el asombro que gradualmente me iba produciendo el verme metido en aquella absurda marejada, mi conciencia se fue deteriorando. El color de las paredes cambiaba continuamente, y parecía que una luz salía de ellas, cayendo imperceptible sobre los rostros de los invitados. Sentí que un aire de sueño me invadía, pero era absurdo dormir en instantes como aquellos. A relampagazos me venían recortes de conciencia.

-Necesito ver al anfitrión de la fiesta -pregunté a uno de los mesoneros, intentando un artilugio.

-¿Anfitrión? -exclamó el hombre-. Aquí los anfitriones son los invitados. Cada quien es el anfitrión de cada quien, y como cada quien lo ignora, entonces no hace falta. Al yo decírselo, usted está ignorándolo, y al mismo tiempo ya lo sabe. Ese es su destino, y el destino de todos los que hemos venido.

Aquellas conclusiones me dejaron confuso. Me dirigí hacia unas copas de champán burbujeante, que se ofrecían como la única solución. Cuando estaba bebiéndola, sentí que alguien me ponía la mano en el hombro.

-¡Cuánto tiempo! -me dijo un hombre, dándome un fuerte abrazo-. ¡Dónde estabas metido? ¡Qué alegría verte!

No había visto a ese hombre en toda mi vida, pero decidí llevarle la corriente, tal era su convicción de conocerme. Estuvo hablando sin parar de "nuestra época" de adolescentes, de lo bello que eran aquellos tiempos. Hablaba casi sin respirar, y de vez en cuando me daba palmaditas en la espalda o en el vientre.

-¿Te acuerdas de Irene, aquella rubia que te presenté en tu cumpleaños? ¡Pues ahora es mi esposa! Quiero que la conozcas.

Muy pronto estuve estrechando la mano de la tal Irene. Era una rubia pintarrajeada hasta las orejas, que movía sus pestañas postizas con la rapidez de un colibrí. Traía puesto un traje que le daba el aspecto de una alcachofa pisoteada.

-¡Qué linda estás! -le dije.

-Tú siempre tan galante -replicó ella, y movió de nuevo sus gigantescas pestañas. El esposo seguía hablando de sus innumerables éxitos como empresario, de sus triunfos y de su fortuna.

- -¿Y tú?- me preguntó-. ¿Lograste hacer dinero?
- -En un momento hablamos -le dije. Pero antes voy al baño. Me estoy reventando.

Fui al sanitario más alejado, para escurrirme de aquel animal. En verdad no tenía ganas de hacer nada, pero cuando vi aquel baño tan limpio y agradable, lleno de espejos y jabones fragantes, me vinieron ganas de orinar.

-Entró usted al baño equivocado, caballero -dijo una voz de mujer-. Pero continúe, no se preocupe.

No se si fueron los nervios, pero el chorrito de orín era larguísimo, no se terminaba. La mujer me observaba el falo, boquiabierta.

- -Tiene usted un hermoso miembro -me dijo-. Cuando termine, por favor, ayúdeme a quitarme la falda.
- -Con gusto, señora -respondí. La acompañé a uno de los compartimentos. Era una mujer bella. La desnudé y senté en la poceta.

Logramos engarzarnos maravillosamente, pues ella era liviana, y lograba acoplarse en las posiciones más increíbles. Los gemidos de placer que emitíamos eran muy altos, se escuchaban en todo el baño. Oímos cuchichear a unas mujeres en el compartimento contiguo, y nos pusimos nerviosos. No tardaron en preguntar qué ocurría. Abrí la puerta. Eran tres mujeres, cada una más hermosa que la otra.

-Estamos fornicando -les dije-. Pero pueden pasar, si lo desean. Están invitadas. Adelante.

Entraron. Las penetré a todas una y otra vez. Trepaban por mi cuerpo como arañas.

 Discúlpenme, señoras, pero estoy muy cansado –dije al rato. Me vestí rápidamente; después las eché del recinto. Mi pobre miembro semejaba a un badajo flácido. Salí cansado, pero complacido.

Pronto estuve en busca de un nuevo trago. Un sirviente me dijo: "Hasta ahora hemos consumido dos mil cajas de licor. Si usted es tan amable, espere un poco, andan buscando un nuevo cargamento".

-Sí, sí, gracias -dije. Mi garganta estaba terriblemente seca, y fui donde estaban las hieleras. Bebí y bebí agua, pero la sed no desaparecía. Finalmente metí la cabeza en un cubo de agua helada, que me dejó la cara como un coágulo. Me senté y dormí un rato.

Desperté un poco embobado. Volví a lavarme la cara.

Ha llegado el alcohol otra vez, señor –me dijo el sirviente.

Tráigame una botella de vino blanco, semi-seco, muy frío –exigí.

-Al instante -dijo el hombre.

El ruido que se oía en ese momento era increíble. Por los efectos del alcohol ya la gente había soltado la lengua, y la algazara producía un enorme eco; la repetición del sonido se multiplicaba dentro de mi cabeza, la cual parecía hueca, llena de bombitas de aire.

Pronto vino el mozo con la botella de vino. Se la arrebaté de las manos y luego di un salto para librarme de aquel ruido. Corrí tumbando algunas personas, en dirección jardín que había visto hace poco. Encontré una grama fresca y algunas flores, casi todas deshojadas por mujeres pálidas, quienes, delante de sus pretendientes, lanzaban los pétalos con un ademán dieciochesco. Los pretendientes, babosos y lagrimeantes, se hincaban, implorando los grandes sexos de las adolescentes, que

lucían casi todas unos pantaloncitos cortos muy ceñidos y transparentes, y dejaban ver los abultamientos producidos por la fresca masa de vellos.

No era para menos. Mientras los jóvenes rogaban esas conchas fragantes, y lloriqueaban como verdaderos tontos, los hombres viejos evitaban las conversaciones con sus aburridas esposas y se concentraban fragmentariamente en los pubis alineados junto a la cerca de flores maldiciendo la estupidez de aquellos muchachos, que no terminaban de entrar en acción. Los viejos metían las manos en sus bolsillos y se templaban bruscamente los falos, tratando de recuperar la juventud perdida.

Me senté en la grama a beber mi vino. Estaba realmente exquisito. Los tragos me estaban cayendo bien, me asaltó una repentina necesidad de conversar. Todos hablaban con todos, y busqué alguna cara conocida o alguna mujer sola. Fue inútil. Pensé meterme en cualquier grupo simpático, pero hablaban con tanta camaradería, que me dio vergüenza interrumpir.

No era posible. Yo no podía ser el único solitario de la fiesta. Me zambullí en innumerables recovecos, y no encontré a nadie con quien compartir mis pensamientos, mis gestos o miradas. Tuve que reconocer mi derrota. Llegué a otro jardín donde me desplomé sobre una silla húmeda y oxidada, y arruiné al fin mi traje blanco, del que nadie se había percatado. Una llovizna comenzó a caer, y la gente regresó hacia los salones; pensé levantarme, pero ya no valía la pena. Dejé que la lluvia cayera sobre mí, y me sentí un poco mejor. Un señor me gritó desde adentro:

-¡Eh, amigo, se va a resfriar!

La llovizna se había convertido en aguacero, y a medida que arreciaba yo me asentía más alegre. Dormí profundamente.

Desperté en una cama forrada de suavísimas y cálidas sábanas, estornudando como una regadera. Había mucho silencio, y confieso haber sentido el miedo que siento en los hospitales. Al rato apareció una mujer vejucona, quien no cesaba de pasarse las manos por la frente, y me decía: "Descanse, descanse". Yo casi no podía hablar, pues el ataque de estornudo se agudizaba. "Pronto estará bien, descanse", repetía. Principió a traerme caldos y a darme palmaditas, como si yo fuese un cachorro suyo. A veces, en las madrugadas, yo sudaba copiosamente y ella me miraba con una sonrisa maternal, con los ojos bañados de un brillo lejano. No me gustaban esas miradas y le dije:

-Buena señora, no me mire usted así. Sepa que yo soy capaz de procrearle un fuerte varón.

Desde entonces me trató diferente: me daba besos menos rigurosos, más cargados de sensualidad. Esa sensualidad se iba desarrollando, pues pronto la veía maquillada y haciendo ejercicios para adelgazar.

A todas estas, yo no comprendía cómo un simple resfriado podía durar tanto, y por qué no se me había ocurrido levantarme de la cama. La noche en que lo hice, la sorprendí acostada sobre un viejo piano de cola arrinconado en una sala, cantando ópera; estaba totalmente desnuda y alcanzaba notas agudísimas que estuvieron a punto de quebrar los vidrios de las ventanas y... los huesos de mi cráneo. Me senté al piano también desnudo y comencé a tocar disparatadamente las teclas.

-¡Oh, esto es el colmo, vete otra vez a tu sitio!

Dijo esto con tal ferocidad que yo salí corriendo a meterme otra vez entre mis sábanas. Ella corrió tras de mí y me dijo:

- -Si vuelves a hacer eso, te procuraré un fuerte castigo.
- -Sólo dígame si aún estoy en la fiesta -pregunté tembloroso.
- -Por supuesto. Estamos y estaremos en la fiesta. Nadie puede escapar a ese designio. No sé cómo puedes preguntarlo, debías saber eso desde que llegaste.

Sentí miedo, y no tuve mejor idea que decirle sorpresivamente las palabras mágicas: "Soy capaz de procrearle un fuerte varón".

Cambió completamente de expresión. Se fue acercando lentamente y me besó en los labios.

-Te brindaré un hermoso varón -le repetí.

No resistió. Se metió bajo las sábanas y comenzó a besarme. La besé en los senos con cierta ternura, le di la vuelta y la gocé. Ella siempre exigía más, y yo me afincaba tan fuerte que estuve a punto de dejar destrozado mi balano. Estaba medio muerto, pero ella decía: "¡Más, más!" empecé a correr por toda la habitación y ella me perseguía. Atemorizado, le lancé una lámpara. No fue mi culpa. La dejé con la cabeza rota, sangrando copiosamente. Abandoné la habitación

despavorido, y llegué a oír sus últimas palabras: "¡Nuestro hijo, nuestro hijo!"

Cuando salí desnudo de la habitación hacia un gran patio aún estaba lloviendo. Una garúa me punzaba el cuerpo, y vi que los invitados se burlaban y me señalaban, como si yo fuese un remiendo de sus orgías. Salí corriendo hacia ellos aparatosamente; me abrieron paso de manera automática a lo largo del trayecto hacia un baño. Cerré la puerta y me di una ducha; después esperé al primer inocente para golpearlo y despojarlo de sus vestiduras.

Llegó un anciano muy elegante, a quien me dio vergüenza pegar. Tuve que decirle:

-Caballero, si no me cede usted su traje, me veré obligado a golpearle.

El viejo, convencido de mi afirmación, me miró a los ojos y dijo:

–Al instante, señor.

El traje me quedaba a la medida. Dejé al viejo tiritando en el baño; me remordió la conciencia, pero yo no podía perderme de aquello.

Al salir, vi a la gente arremolinada. Estaban escuchando el discurso de un político. Casi todos se llevaban las manos a los mentones, fingiendo poses profundas. Otros fruncían los ceños con tal gravedad, que cualquiera hubiese jurado que el orador estaba disertando sobre los límites entre vida y muerte. Las mujeres prestaban atención al principio, pero al cabo de un rato comenzaban a tironear a sus maridos de las mangas diciéndoles: "Ya es tarde", "Me duele la cabeza" o "Nuestros hijos deben estar llorando".

La voz del político retumbaba en todo el ámbito, produciendo ecos insoportables, reflejos acústicos que adquirían

matices casi apocalípticos. De pronto parecía que aquel señor proclamaba la destrucción del mundo, si no se adherían a sus credos.

Había una mesa de académicos que lo miraban muy seriamente. Los abogados, sobre todo, ajustaban sus corbatas con entusiasmo y movían sus cabezas para reafirmarlo todo. Por supuesto, había el grupo de quienes se oponían a aquellas "ideas" y eran perfectamente reconocibles: con los mismos gestos de los abogados pero vestidos de otro color.

El eco seguía multiplicándose en el aire, y entonces me vinieron unas enormes ganas de bostezar. Primero di un bostezo silencioso, después otro más grande, con bruscas contracciones en las mejillas. Descansaba un ratito, luego daba otro. No podía parar. Era un ataque de bostezos que estaba fuera de mi voluntad, cada uno más grande que el otro. Muy pronto la gente comenzó a verme raro, pero no era mi culpa. Eran unos ¡AAAAAAAAHHHHHHHH!! Larguísimos que disminuían mucho el sonido de las exclamaciones del político. Todos me miraban como si yo fuese una alimaña, y claro, yo trataba de esconderme, pero siempre los bostezos revelaban mi ubicación.

Atemorizado fui a sentarme a otra mesa, donde un hombre como de unos sesenta años hablaba consigo mismo. Tenía un extraño brillo en los ojos, un entrecejo grave y mucho más interesante que el del político. Por supuesto, fue un gran alivio para mí ir a resguardarme en ese silencio, pues inexplicablemente los guardaespaldas me dejaron en paz cuando me vieron acompañado de aquel viejo indefenso (después descubrí que había sido porque los bostezos ya no existían), quien acariciaba su frondosa barba blanca y miraba imperturbable hacia todos lados, moviendo la cabeza lentamente.

-No tema -me dijo-. Creo que estamos buscando lo mismo.

Me quedé contemplándolo un rato y después le dije:

- -A decir verdad, señor, no sé qué busco.
- -El alma -dijo el viejo, con una gran serenidad, mientras metía su dedo índice en los rollitos de la barba-. El... alma -repitió.
- —Si usted anda buscándola, es porque la ha perdido dije—. —Aquí en esta fiesta eso no tiene ningún interés, puesto que ya el alma está en cada uno de nosotros.
- -Esa afirmación es acertada -respondió el viejo, sonriendo-. Pero no toma en cuenta la existencia de las almas falsas.
- -Las almas falsas no existen -afirmé yo, tomando cierto aire prestado del viejo-. Cuando Dios haga la última contabilidad de las almas, sólo aprobará las verdaderas.
- -¡Ja, ja! -exclamó el viejo-. ¡Eso sí tiene gracia! ¡Y merece un buen trago!

El viejo se había despojado de su seriedad, y me conducía de la mano. El político continuaba con su perorata, y la gente seguía hundiéndose en un marasmo que a ratos parecía rechinar. Por fin oí decir al viejo:

-¡Hemos dado con la botella!

Nos servimos sendos vasos de whisky. En ese instante el trago era muy fuerte para mí, y traté de demorarlo, diciendo:

- -Es importante que sigamos en nuestro debate, a propósito del alma humana.
- -Eso ya no importa -dijo el anciano, y se lanzó todo el contenido del vaso a la garganta-. ¡Ande. Beba! -me gritó.

Yo me sentí muy defraudado. Hice lo mismo que él; el trago pasó raspándome el gaznate, para luego caer en mi desfallecido estómago. El ardor era espantoso; yo pensé que mis tripas despedían un humito verde que me subía otra vez hacia la garganta, produciéndome acidez. Al poco rato me descubrí completamente borracho, y me volví a dormir.

ABRÍ LOS OJOS desgonzado sobre una silla, respirando la cosa hedionda de la noche anterior. Me dirigí esta vez hacia las hieleras, pero no pude encontrar buenos cubos de hielo, así que me bebí un agua sucia, producto de hielos derretidos y de amarillentos fondos de vasos. Después me vino un hambre descomunal, provocada por un olor a fritura que salía de no sé dónde. Caminé como un sonámbulo detrás del exquisito olor, pero no di con su origen fácilmente.

Pregunté varias veces a muchos de los invitados. Unos me contestaron con un rotundo "No sé", otros con "¿Cuál olor?". Entonces me vino la idea de utilizar la táctica de los sonámbulos, cerrando los ojos y estirando los brazos horizontalmente. Ese truco ofrece además la ventaja de que los observadores abren paso automáticamente. En muy poco tiempo tropecé con el objeto deseado: una pequeña puerta con un rótulo que decía "COCINA". Por un momento llegué a pensar que decía "PARAÍSO".

Nunca había visto espectáculo semejante. Era un gigantesco salón repleto de comida hasta los rincones. Larguísimas mesas serpenteaban a lo largo y ancho del salón, llenas de

todos los manjares imaginados. Los platillos estaban dispuestos con tanto arte, que daba lástima estropear el equilibrio de las mesas metiendo los manos, o acercando una asquerosa nariz a los platos, tratando de percibir los olores. Cerca de ahí, un grupo de veteranos de guerra hacían muecas de asco, pero deseaban morder por lo menos a una vaca viva, o comer niños recién nacidos.

De un lado de la sala había un grupo de gente rodeando a un señor alto y (no muy) gordo, probando la comida, para dar el respectivo visto bueno. Era seguramente el gourmet principal, y no estaba vestido como suelen hacerlo ellos tradicionalmente -con el gorro y el delantal- sino con un traje negro ajustado, muy sobrio, y sin nada sobre la cabeza. Mascaba lentamente bocados y gesticulaba, moviendo sus bigotillos hacia todos lados. Después me enteré que era francés, porque uno de los cocineros ordinarios me lo confesó. Este cocinero se hizo muy amigo mío (después de haberle metido en el bolsillo un jugoso billete) y me dio acceso a un pequeño compartimento de la cocina, dedicado exclusivamente a frituras y empanizados. Me dijo que estaba prohibido el paso de gente extraña a la cocina, y que el gourmet se enfurecía al ver a un desconocido. Solamente imaginarse a aquel hombrecito fuera de sus cabales me causó gracia, y al mismo tiempo me molestó que fuera tan estricto y maniático en una fiesta donde cada quien hacía de las suyas, en un ambiente donde cada cual era su "propio anfitrión". Entonces decidí hacer de las mías.

Primero, le arranqué el delantal a mi amigo el cocinero y me lo coloqué a manera de capa. Luego le arrebaté el sombrero (al cual aplasté previamente, para que adoptara un aspecto cómico) y me lo puse. Esperé a que el amanerado *gourmet*  estuviese probando una sopa, y en ese preciso instante di un poderosísimo grito que hizo derramar el líquido en su traje, mientras el resto de los sirvientes se tornaban más pálidos que un papel. Yo mismo me asombré de la resonancia del grito. Después dije, en el tono más vulgar:

-¡A apartarse todos, que llegó Pantagruel!

Los sirvientes se desparramaron por todo el lugar, y el gourmet agrandó los ojos como si viese un espectro. Lancé una carcajada y comencé a llenarme la boca de panecillos rellenos (¡eran toda una delicia!); luego fui hasta donde estaban los tequeños y los lancé al aire, para que cayeran justa y magistralmente en mi boca. El gourmet seguía boquiabierto, y yo no encontraba otra cosa qué hacer para que al menos cayera desmayado; hasta que vi a un pobre lechón (siempre me dio asco ver sacrificados a animales jóvenes) con su tradicional manzana en la boca. Intenté sacarla y estaba muy apretada entre los dientes (nunca olvidaré la expresión de horror dibujada en los ojos de aquel cerdito), también estaba babosa, bañada de una grasa que se me escurría entre los dedos, pero pude sacarla de un solo tirón y apuntar –como la haría el mejor pitcher— hacia la cara del gourmet.

La manzana fue a dar exactamente a su ojo izquierdo. Levantó los brazos y dio rapidísimos pasos hacia atrás exclamando ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! hasta poner su trasero donde estaban las tortas y los pasteles de azúcar nevada. Tratando de despegarse perdió el equilibrio, y entonces metió la cabeza. En ese momento me pareció que todo podría convertirse en una de esas ridículas comedias donde todo el mundo lanza pasteles a todo el mundo, y fui a sacarlo de su deprimente aspecto mediante chorritos de agua tibia, que yo le administraba cuidadosamente por todo el traje. El hombrecito

no cesaba de hacer muecas de furia y de apretar los puños en vano, pues yo le había advertido ya: "Si me toca usted, lo estrangularé en el acto".

Cansado de desprender muslos de ave y de diferentes presas para tirarlas luego hacia un jardín donde se amontonaban grandes hormigas y abejas, fui hasta la puerta principal de la cocina y desde allí grité: "¡Señoras y señores, ahora pueden empezar a comer!"

Una avalancha humana me pasó por encima.

AL DESPERTAR AL DÍA SIGUIENTE, el espectáculo superaba el fin de una bacanal en tiempo de Heliogábalo. Los golosos colgaban de las mesas como trapos podridos, y se oían los ronquidos mezclados a los eructos y a uno que otro grito de pesadilla; se percibía lejanamente el tintineo de los vasos rodando por el suelo, con los tropezones de los inconscientes.

Al cabo de un rato salieron los sirvientes y los cocineros completamente sobrios, a meter las manos en los bolsillos de los golosos, y los desvalijaron completamente. Nunca pude imaginar que aquellos trajes guardasen tanto dinero. Eran verdaderas fajas de billetes pasando sistemáticamente por las manos de los sudorosos sirvientes, quienes habían formado una cadena para que el dinero fuese a parar rápidamente a un pequeño salón de la cocina, el cual servía de depósito. Era un plan muy bien tramado.

Yo, pisoteado y amoratado, me sentía complacido de que los desplumaran. Me encontraba muy adolorido, con numerosas puntadas en las costillas y con la ropa hecha jirones. Con muchos esfuerzos intenté recuperarme. Al instante escuché un grito:

-¡Atención, nuestro amigo se levanta!

Los cocineros vinieron corriendo hacia mí, y me levantaron, como si yo fuera otro de sus bistecs. Volvieron a gritar: "¡Está en perfectas condiciones!"

Yo pensé que iban a cocinarme o algo por el estilo, al ver a una cocinera regordeta que se relamía. Mis intuiciones no fueron falsas. Pensaban prenderme fuego. A tiempo me di cuenta y salté en dirección a una olla hirviente, la tomé con unos gruesos trapos y amenacé:

-¡O se apartan inmediatamente o se convertirán en cicatrices!

La alusión a la cicatriz fue efectiva. Se apartaron como niños obedientes, pegándose a las paredes con caras de cobardes. Uno de los sirvientes más sumisos trató de detenerme y le arrojé la olla hirviente a la cara. Se le chamuscaron los intersticios más recónditos del rostro. En el momento no sintió nada, pero instantes después se escucharon unos inmensos alaridos, los cuales supongo habrán derrumbado aquella cocina, de la que habría de alejarme para siempre.

\*\*\*

Al soltar el resto del caldo sobre la fresca grama del jardín, vi cómo el líquido corría hacia unas flores cercanas y las mataba casi instantáneamente. Me sentí culpable de un crimen involuntario, pero toda mi culpa se neutralizó cuando, al mirar hacia arriba buscando un poco de evasión, me topé con un cielo cuajado de estrellas. Las constelaciones se apretaban unas contra otras, emitiendo un brillo cegador que me remontó hacia los espacios interestelares y me hizo pensar como nunca.

Pronto mis ojos se acostumbraron al brillo que me reclamaba un poco de sentido, ante la marejada incoherente de la fiesta. A medida que mi vista avanzaba por la infinitud de astros, yo sentía cómo la cabeza se iba desprendiendo de mí, intentando ocupar un sitio en medio de los cuerpos celestes. Pensé en el espacio interminable, en los abismos que se abrían detrás de cascadas ignotas cayendo hacia otro universo, hacia un diseño dual del cosmos visible, y sentí algo así como una náusea de ignorancia por medio de la cual estuve a punto de vaciarme. Tan absorto estaba entre aquellas dilucidaciones, que tuve miedo de esas dos caras mirándose al fondo de mis ojos, sin encontrar otra cosa que negro, negro y negro.

También reflexioné sobre el sentido de mi vida y recordé varias escenas de mi infancia y adolescencia. Me veía saltando por jardines con agilidad demoníaca, persiguiendo a mis propios sueños. Luego no rememoré nada especial, con excepción de los amigos y amigas que iban a la casa a organizar alguna reunión. Casi siempre terminábamos repitiendo las mismas cosas, embriagándonos y amando a aquellas mujeres, las cuales se entregaban desprovistas de ardor, más bien con una insoportable melancolía.

Abstraído y algo alegre por haberle sustraído a la memoria algunos momentos válidos, me disponía tenderme en la hierba para sosegar los recargos de la fiesta, cuando un hombre me habló.

- -Hijo mío -dijo-. ¿No es hermoso el universo que ha creado el Señor?
  - -¿El señor? -pregunté.
- -Sí, el Divino Creador del Universo y Padre de todos los hombres. Esas estrellas que usted contempla son obra de él. ¿No es algo grandioso?

-Sí que lo es, pero no estoy seguro...

-¿Qué dice? ¿No está usted salvado?

E inmediatamente comenzó a desplegar toda su teoría sobre la salvación del alma. Estuve tentado a ahorcarlo o algo así, tanto había arruinado mi único momento de solaz y contemplación. Pero supe contenerme. Opté por observar sus gestos, mirando cómo apretaba aquella Biblia. Su sonrisita de paz me causaba un calosfrío superior al odio; sus manos amarillas se movían una y otra vez hacia mí.

Después que el cura hubo terminado, le dije no entender nada de lo que había expuesto. Se alejó blasfemando, profiriendo los anatemas más repugnantes que puedan imaginarse.

Procuré recobrar la paz inicial, pero me puse muy nervioso después de aquel percance. No obstante pude recostarme un rato en la grama, y seguir pensando las cosas más inútiles. Pensando en ellas o pensando en nada mi alma tomaba un vuelo impresionante, y trataba de confundirse con las deidades que me habitaban. Yo estaba seguro de poseer el espíritu del cosmos, y pensé que no en vano los griegos habían bostezado frente al cielo buscándole nombres a las estrellas. Me encontraba capacitado para intuir toda la mitología universal, pero sin saber un comino de ella. ¡Salvaje alegría!

Como casi siempre ocurre, al ponerme en contacto con la hierba, me quedo dormido, y esta vez no fue una excepción. Dormí y soñé con momentos guardados en las más recónditas gavetas de mi memoria, como si hubiesen estado proyectándose en una pantalla. Claro que esos momentos no podían proyectarse de manera "real", pues debían estar salpicados de esa sustancia que brota del inconsciente. Yo podría llenar un libro con la descripción minuciosa de ellos, pero sólo referiré uno.

Mi madre me llama muy temprano para ir a la escuela, y yo, con los ojos casi cerrados aún, tomo mi desayuno; luego, camino a la escuela, me desvío hacia el río. Cuando veo las aguas cristalinas me zambullo y disfruto allá en el fondo, entreteniéndome con los peces, las piedras y las plantas. Vivo con ellos largo tiempo.

Un día mi madre me llama para que la corriente no me arrastre. Me dice que venga con ella, pero en el camino me escapo y desvío hacia la superficie. Desde ahí salgo volando convertido en ave y, después de hacer innumerables piruetas en el aire, me voy a descansar a un árbol. En el árbol me canso y me dirijo a un pequeño nido. El nido está cálido y yo me acurruco deliciosamente. Al rato un gavilán hembra me confunde con su cría, y al acercarse se cerciora de su error. Me obliga a abandonar el nido con fuertes picotazos en la cabeza y yo, completamente desamparado, me veo impulsado a regresar a casa, donde mi madre me espera para darme el desayuno. Con el persistente dolor de los picotazos y todavía con sueño, mantengo los ojos casi cerrados, mientras pincho con el tenedor los pedazos de huevo frito y me los llevo con pereza a la boca. Mi madre me dice: "Hijo, hoy te pareces terriblemente a cualquier pájaro." Sí, mamá, ya lo sé, respondo, recogiendo mi maletín y dándole a mi madre el habitual beso de despedida.

No sé si lo soñé o estaba dentro de la fiesta, pues me había dormido y despertado en tantas situaciones, que a veces no podía poner límites entre consciencia e inconsciencia; además al ambiente estaba igualmente enrarecido dentro y fuera de mi cabeza. Lo único cierto es que me vi entrando a una grandísima sala de juego, levantada en humo de habanos y murmullos sordos. Botones vestidos con frac guiaban a los jugadores por los vericuetos del garito, con ademanes sumamente estudiados y rápidas inclinaciones que los semejaban a pájaros mecánicos.

La puerta del salón era ancha, de dos hojas que estaban batiéndose continuamente, con el entrar y salir de los jugadores. Había mesas de billar, ruletas y toda clase de máquinas para botar el dinero y matar el tiempo. Había mucho silencio, y los jugadores no se emocionaban con nada; permanecían serísimos, sin decir palabra. Por ejemplo, una señora bajaba la palanca de una máquina por cuya boca metálica salía un chorro de monedas, en respuesta a la suerte de haber acertado figuras iguales. En ese instante la señora daba largos bostezos y el dinero caía al suelo.

Hermosísimas mujeres lucían grandes escotes, y se acercaban a las mesas donde había más dinero. Pegaban sus senos a los brazos de los tahúres, y les hacían perder concentración. Debajo de algunas mesas podían divisarse, entre los pliegues de los manteles de terciopelo, pares de pies anudados por los arrebatos del sexo.

A una de las mesas de juego se hallaba un anciano desasistido por la clientela, que se acodaba con profundo tedio sobre sí mismo y echaba de vez en cuando una moneda de chocolate a su boca.

Había guardaespaldas por todas partes, mirando con el rabillo del ojo.

Había arruinados bebiendo en los rincones.

Había docenas de muchachos aprendiendo los vericuetos del vicio y el azar.

El ambiente era de elegancia, y aunque casi nunca me gustó ponerme "a la altura de las circunstancias" tuve que dirigirme a una sala de baño a mojarme el pelo, a peinarme y refrescarme con lavanda, para disimular mi desaliño.

Salí cruzando las manos atrás, en plan de observador profesional. Nunca me atrajo ganar dinero en el juego, aunque sí las sutilezas del azar: los números, las figuras de la baraja, el movimiento del dinero sobre la mesa, las manos temblorosas de algunos apostadores, los gritos alegres de las mujeres cuando la suerte les ha tocado, y el humo espeso que sale de sus bocas al exhalar el deseo por los fajos de billetes, apartando lentamente las boquillas de los labios, dejando salir una bocanada que va disolviéndose frente a sus rostros y llega casi a transfigurarlos; la inmutabilidad de los *croupiers* y esos jugadores de grandes ojeras macerados en el aire del azar; el intercambio de miradas producido en la

atmósfera externa a los jugadores, las manos llenas de sortijas moviéndose en redondo sobre el terciopelo de las mesas, en una caricia palpitante, las prostitutas disfrazadas de damas aristócratas; los viejos arruinados que vuelven a recordar sus buenos tiempos y regresan a las mesas con un rictus de amarga resignación; las señas, las trampas y el silencio que menos se parece al silencio: el de los jugadores.

Rechacé varias invitaciones a las mesas de juego, pero era inevitable ir a dar a alguna, tan asediado estaba por las miradas de los vigilantes. No podían soportar a un desconocido rondando por ahí, sin orientación precisa.

Como el dinero que traía en los bolsillos no me servía de nada en la fiesta, llegué hasta una mesa donde una ruleta daba vueltas, y coloqué unos cuantos billetes al número 13. No fue muy bien visto por los presentes. Yo bajé la mirada y esperé el mal golpe, pero sorpresivamente la bolita se detuvo en mi número. Fue escalofriante. Apenas saqué fuerzas para recoger las ganancias. Las manos me temblaban. Opté por dejar la ficha en el mismo número, y en la segunda vuelta la bolita volvió a pararse en el 13. Volvieron a mirarme como si me culpasen de algo. Al fin dije, moviendo las fichas:

-Todo al 5.

Las mujeres desviaron la vista hacia mí. Incomprensiblemente la ruleta volvió a favorecerme, y pensé que un complot era tejido en torno a mí, una artimaña para despacharme de la mesa. Pero reaccioné primero que ellos, recogiendo mi dinero y largándome.

Un tahúr me aconsejó otra mesa. Le pregunté (seguro de perder) qué numero me recomendaba. Respondió grave y quedamente, llevándose el índice a los labios:

-Ahora debe salir el 7.

Deposité el dinero en el siete. La ruleta daba vueltas. Los ojos daban vueltas con la ruleta. El sonido de la bolita me atormentaba. La ruleta giraba lentamente en mi cabeza. Mi cabeza giraba sobre mi tronco. La bolita comenzó a juguetear en las concavidades de los números, para detenerse al fin en el siete. Oí un cuchicheo general: las mujeres de la mesa anterior se habían deslizado hacia mí y acercaban sus senos gelatinosos a mis brazos. Me ericé. Tomé mi dinero —era tanto que el tahúr me obligó a llevarlo— y pregunté dónde había una buena mesa de póker.

Una vez integrado a las cartas (apenas si podía sostenerlas, tan sofocado me hallaba con el dinero), miradas perversas y mujeres con vestidos de lentejuelas plateadas no dejaban de seguirme. Comencé a sudar. Desanudé la corbata y me dispuse esta vez a ganar, pues el póker sí me causaba una especial emoción.

Frente a mí había un tipo muy acicalado que siempre sacaba manos asombrosas: escaleras de color, pókers de damas y fulls de reyes, mientras yo no hacía más que ligar dobles parejas y tríos. Mi fajo de billetes fue disminuyendo considerablemente, hasta convertirse en un montón de tristes monedas. Sentí alivio, pero me desagradaba que las mujeres aspiraran el humo de sus cigarrillos y lo echaran directamente a mi nariz. Tosí. Ellas sonreían sardónicamente y el resto de los jugadores comenzó a mirarme con lástima; estiraban la comisura de los labios y mascullaban frases ininteligibles, apretando los dientes sobre sus habanos. Experimentaban un placer negro y baboso, y no llegaron nunca a mirarme a la cara.

-Bien, señores -dije en tono alegre-. Estoy arruinado, completamente arruinado, por lo cual deben estar ustedes felices. Buenas noches, les deseo lo mejor, adiós.

Me retiré silbando. La verdad, me había divertido en las mesas de ruleta, y no lo quería admitir. Traté de descansar un poco, pero no había sillas disponibles por allí. Pregunté a uno de los guardias cómo podía salir.

Al final de la sala a la derecha, por una puerta roja –dijo.
Y aclaró: "Pero me temo que no podrá salir a estas horas".

Mientras caminaba miré a los lados: una impresionante variedad de máquinas; tantas, que era como para detenerse a mirar cómo se encendían luces de todos colores, a escuchar sonidos de campanillas, bolas metálicas, chasquidos eléctricos. La máquina que más me agradó fue una a donde estaba amarrada una mujer viva: un tablero de luces triangulares servía de soporte a su cuerpo desnudo, y éste a su vez servía de blanco a unos lanzadores de dardos. Cada vez que un dardo se clavaba en su cuerpo, ella emitía un gemido de placer y los jugadores, de poca puntería, casi no acertaban a la mayor puntuación: 1.000 puntos valía dar en cada pezón; 500 en el sexo. La mujer no sangraba, y cuando un dardo daba en estas partes, las luces triangulares estallaban, produciendo circuitos y explosiones de potencia considerable. Ella resultaba ilesa, pero la máquina debía ser suplantada por otra.

Cuando estuve cerca de la puerta roja, volví a preguntar a un hombre si aquella era la salida.

-Sí, -me dijo-. Pero me temo que no podrá salir usted a estas horas.

La pregunté por qué y no respondió. Sólo al cabo de un rato, al ver mis intenciones de abrirla, me advirtió: "Ni siquiera lo intente". Empezaron a acercarse más guardianes, cada uno de los cuales repetía: "Ni siquiera lo intente".

- -Estoy agotado, sólo quiero descansar -les dije.
- -Ni siquiera lo intente -fue otra vez la respuesta, pero a

coro. Había que ser un insensible para resistir a aquel coro de gorilas repitiendo la misma frase.

Aún de pie, cerré los ojos, y quedé levantado en el aire de mis sueños.

ME DESPERTÓ LA LLUVIA matinal. No escapé a las risas de quienes siempre se mofaban de mi capacidad para quedarme dormido en la hierba y amanecer emparamado. Esta vez el resfriando resultó fuerte y, de no haber sido por un inesperado médico, hubiese pescado una pulmonía.

El doctor me trató muy bien. Con frecuencia sacaba pastillas e inyecciones de su maletín y me las procuraba con esmero singular. Tardé varios días en recuperarme, y durante ese tiempo el médico no escatimó esfuerzos para atenderme. Yo estaba asombrado de tanta bondad, pues ya tenía años sin dirigirme a un consultorio, debido a una medicofobia que yo mismo me había diagnosticado. Pero este médico era diferente de quienes me habían exprimido el último centavo cuando, padeciendo de los nervios, me hicieron creer que estaba loco, y mi antigua mujer se vio obligada a vender todas mis pertenencias para pagar el tratamiento de mi supuesta insania. Después de mucho tiempo me di cuenta del engaño y, fingiendo estar más loco aún, destrocé mi habitación, forcé la puerta, insulté a los médicos y salí de aquel antro de comerciantes. Cuando llegué a casa mi mujer

estaba verdaderamente enferma de los nervios y de hambre. Traté en vano de darle ánimos. Murió al poco tiempo.

La pregunté a este doctor cómo había logrado sobrevivir siendo tan desinteresado, y me respondió:

- -Desde hace tiempo me está prohibido ejercer profesionalmente. He sido expulsado del gremio. Por eso estoy en esta fiesta.
  - -Ah, entiendo -le dije-. ¿Y desde cuándo está aquí?
- –No recuerdo. Ahora sólo me interesa beber y tener amigos. De vez en cuando me da la vena médica y procuro ayudar al alguien. ¿Se fija? Ahora mismo está usted mucho mejor.
  - -Es cierto, doctor, vamos a celebrar. Le invito a un trago.
- -Vamos -dijo él alegremente. Los ojos le brillaban.
  Después agregó:
- -¿Sabe usted una cosa, amigo?, que casi todos los médicos somos dipsómanos, y el paciente nos pone en un aprieto cuando nos obliga a prohibirle el trago. En el fondo no creemos en eso.
  - −¿No creen en qué? −pregunté.
- -En eso de prohibir el trago a otros, mientras nosotros padecemos lo mismo. Claro, nos vemos muy limpios por fuera.
  - -Sí, son todos ustedes unos hipócritas -le dije sonriendo.

Él rio ruidosamente y me señaló un largo pasillo, atestado de gente. Muchas personas (casi todas exhalaban un tufo de alcohol viejo) querían saludarlo, pero él no hizo el menor caso. Finalmente cruzamos y nos detuvimos frente a un ascensor.

 Le tengo una sorpresa -me dijo-. Vamos a presenciar algo delicioso. Adelante. La puerta del ascensor se abrió, y al entrar vi a la ascensorista más bella de cuantas mis ojos hubieran registrado. Me miró brevemente, y sentí que dentro de mí resbalaba un trozo de noche mojada.

-Al último piso -ordenó el doctor.

Ella puso el dedo sobre uno de los botones. Tenía manos de mariposa subterránea, de dedos y uñas preciosos. Luego volteó hacia mí para preguntarme:

- −¿Va usted al mismo piso?
- -Sí –le respondí. Tenía un rostro que no podría ahora describir con ninguna metáfora, de una belleza indescriptible. –Sí –le repetí–. Es usted la mujer más hermosa que he visto jamás.
- -Ya lo sé -dijo ella, con un dejo de melancolía-. Por cierto, ¿no podría usted sacarme de aquí?
  - -;Cómo dice?
  - -Digo que si no podrá usted...
  - -Hemos llegado -dijo el doctor.
  - -¡Eh, un momento -exclamé.
  - -El doctor me haló de la manga y me dijo:

Es inútil, amigo, no la verá nunca más. En este ascensor nunca se repiten las ascensoristas.

- -Pero esa belleza quería que yo la sacara...
- -Olvídelo, eso es sólo el principio. Ahora viene lo mejor -dijo el doctor con un gesto que parecía haber venido ensayando durante años.

Habíamos caminado sólo unos metros cuando quedé paralizado ante la visión que se presentaba ante mis incrédulos ojos: un sinfín de deliciosas mujeres estaban conversando en voz baja en un ambiente sofisticado. Nunca había visto tanto esplendor físico ni tanta perfección de movimientos

femeninos, una suerte de armoniosa coordinación gestual aflorando a la más total visibilidad. Ejemplo: la perfecta correspondencia entre un susurro emitido por una pelirroja desde un rincón y el gesto de una negra al despedir suavemente el humo de su boca. Y a su vez ese humo propiciaba todo para que una trigueña pasara su dedo por el borde de una copa de fino cristal de bacará.

Frente a mi perplejidad el doctor se limitaba a reír irónicamente y a mirarme con el rabillo del ojo. Yo no sabía disimular mi asombro.

Lo único molesto ahí eran los hombres, la mayoría de ellos de esos que desearían ser como las mujeres, que van por la vida muy acicalados e impecables, pero incapaces de decir una fase cargada de verdadero veneno. Jamás se alteran ni emocionan con nada: unos porque en verdad son insensibles; otros para fingir que poseen gran experiencia, generalmente narcisos o asexuados.

Al entrar yo, algunas mujeres olfatearon algo distinto. Aunque no podían precisarlo, lo intuían y miraban hacia los lados. El doctor captó nuestra ventaja y dijo:

-Aquí somos privilegiados, ocupemos el sitio que nos corresponde.

Atravesamos un verdadero mar de beldades hasta llegar a un lugar muy cómodo, lleno de cojines mullidos y pequeñas almohadas de terciopelo. Unos chicos adolescentes nos ofrecieron champán y otros vinos burbujeantes. Mientras los sorbíamos lentamente, vimos pasar una hilera de mujeres blancas, negras, morenas, amarillas. Algunas llevaban las caras pintadas y sugerían mixturas étnicas extrañas, como de indias exóticas-niñas burguesas. El doctorcito temblaba de impaciencia y anunció que esperaría hasta ver a una

trigueña de ojos azules, de senos grandes y empinados y enorme trasero.

-Tarde o temprano aparece una de esas -dijo-. Me enloquecen. Esperaré aquí hasta que sea necesario.

Vi tantas caras y cuerpos llenos de gracia, que terminé mareado. Me dolían los ojos. Sentía una rara timidez, que ahogué en tragos. Finalmente me vi fortalecido por el vino para salir de cacería.

Había dado sólo unos cuantos pasos cuando distinguí, entre aquel laberinto de bellas, a la mujer que me complicaría esa noche hasta límites insospechados. Era un ejemplar de una palidez que parecía salirle de otra vida; tenía los ojos enormes y negros, y un perfil como recortado de una estampa griega. Llevaba vestido largo, collares y unos zapatos altos que le hacían resaltar los tobillos más bellos que hubiese visto. El movimiento de sus manos semejaba al de un pájaro magnífico, mientras explicaba no sé qué a un grupo de hombres y mujeres, que escuchaban con mucha atención y hacían gestos reflexivos. Me acerqué al grupo cautelosamente y fingí no estar escuchando, pero en verdad escuché claramente la disertación que ella hacía sobre las obras literarias del momento. Era una reflexión lúcida: comparaba influencias, citaba párrafos de memoria y asombraba con agradables anécdotas. Los hombres boquiabiertos parecían no saber si escoger entre su belleza o su inteligencia; las otras mujeres, muertas de envidia, hacían chistes triviales a toda voz tratando de desviar la atención, pero la bella mujer sabía sacárselas de encima a tiempo. Al fin, cansada de la arremetida de las demás mujeres, se despidió en un momento inesperado, y lo hizo con tanta elegancia, que dejó flotando en el grupo su misterio, su cercana lejanía.

Apenas volteé para tomar un coctel y un pequeño entremés que me ofrecían, ya la había perdido de vista, desapareció entre la gente en un instante. Salí a buscarla, pero tropecé con un grupo grande de bailarines, que hacía rueda y no me dejaban pasar. Era muy inesperado para mí toparme con infinitas parejas danzando enloquecidas con una música a todo volumen, a la cual logré acostumbrarme mucho tiempo después, cuando ya no había cómo salir de aquel baile ensordecedor. Intenté por todas direcciones, pero los bailarines me tropezaban bruscamente y me hacían perder la orientación. Por fin una mujer me agarró y empezó a darme vueltas, instándome a bailar. Yo le decía que no pero ella insistía, agarrándome por los hombros y sacudiéndome. Insistió tanto, que me vi obligado a mover los pies. Sonaba un violento rock, y como mi lentitud era evidente, la mujer me gritaba: "¡Más rápido, más rápido!".

Descubrí que mis pies se movían muy bien al ritmo de la música, y sonreí. Recordé mis tiempos de bailarín en la adolescencia. Gradualmente fui entrando en una turbación agradable, que hacía funcionar mis miembros de manera automática, y poco a poco tomé parte del juego con una eficacia de la cual yo mismo me maravillé. Cambié de ritmo y de parejas sin el menor problema; el ruido, agotador al principio, después pasó a convertirse en una música que entraba por mis poros y llenaba mis músculos, impregnándolos de un movimiento regenerado más allá de los tejidos; un crescendo sensorial que llegó a rebasar mi mente, convertida ya en algo así como un frasco que vertía lentamente su líquido en la nada, y proyectaba mis movimientos de nuevo hacia el sonido y me fundía a él, me convertía en un remolino musical que arrastraba sonrisas, sudores, gritos y me arrojaba

hacia otras existencias: era grandioso perder la identidad de esa manera, desnudándose como un simple animal terrestre, dando volteretas para perder el centro y volver a recobrar el origen perdido: bailar, bailar, arrastrarse con la marejada loca hasta ser sólo un punto, presto a desaparecer.

Eso pensé, y bailé como un endemoniado todos los ritmos posibles esa noche: mambo, guaracha, valse, mazurca, polka, samba, rock, danzón, cha-cha-cha, calipso, hula-hula y muchos otros, que me convirtieron en una verdadera zaranda humana. Llegado un momento, todos los bailarines se detuvieron a verme, o mejor a vernos, pues una muchacha se había contagiado y seguido en mi delirio por más de dos horas ininterrumpidas. Hicieron una rueda, daban palmadas, gritaban y nos exigían giros y volteretas. Lo hicimos todo hasta que ella cayó exhausta, como un saco de arena. También los demás se habían hastiado de verme y de celebrar mis excéntricos pasos y me dejaron solo, bailando como loco. Me di cuenta e intenté detenerme, pero mi cuerpo ya había tomado él mismo sus decisiones, y no me respondió. Mis pies seguían la música por sí solos, cada vez más rápido. Desesperado, mandé quitar la música, pero tampoco dio resultado. No pude dominar los impulsos de mis pies, y lo máximo que logré fue hacerlos tomar una dirección determinada, así que me dirigí a un sitio donde pudiese acostarme. Una vez en posición horizontal, los pies adquirieron mayor velocidad.

Yo no podía levantarme, pues me cansaba en exceso, y tuve que permanecer acostado esperando el sueño. En los intervalos del descanso, yo me espabilaba para verlos rotar, y muchas veces tuve la impresión de ser una marioneta, un muñeco de palo manejado por un maniático. En medio de

todo traté de recordar cómo y por qué había llegado ahí. Después de un largo momento de esfuerzo, recordé que andaba en la persecución de una mujer, y eso hacía más atrayente su busca. Pero esa atracción lejana se desvaneció, pues tan pronto salí de aquella pesadilla (los pies fueron emitiendo un movimiento epiléptico hasta quedarse quietos), vi a la mujer. Se dirigía hacia un salón grande donde había una muestra de cuadros impresionistas. Caminaba como una diosa: el movimiento de su cuerpo estaba dirigido por una suerte de magia algebraica, por una ley abstracta e inexplicable.

Marché tras ella, y una vez la hallé, en el salón no encontraba la forma de abordarla, pero el pretexto de los cuadros era un motivo perfecto. Ella miraba un cuadro y yo le dije:

-Hay una luz sorprendente allí.

-Sí, sorprendente -dijo ella mirándome rápidamente.

Hizo un gesto como para continuar el comentario pero se contuvo, al ver que mi aspecto y vestimenta no encajaban muy bien dentro de aquel ambiente. Eso me incomodó, pues yo no deseaba para nada estar vestido como aquellos maniquíes, y tampoco quería hablar como ellos (recordé mis antiguas andanzas en círculos literarios, cuando en la adolescencia acechaba a uno que otro escritor famoso, buscando trabar relación con él y con otros intelectuales del momento. Había sido una aventura agradable, sobre todo porque existía la oportunidad de discutir ciertas lecturas y el enmarañado proceso de la creación, proceso que cada vez se nos volvía más confuso, y por ello más atrayente. Pero esas conversaciones se volvieron tediosas, pues cada quien tendía a lucirse con argumentos prefabricados, y a imprimir a la voz tonos graves para hacerlos lucir profundos. Se escuchaban a sí mismos en un constante ejercicio de narcisismo, que

terminó por convertirlos en impotentes intelectuales. En los hombres era insoportable y en las mujeres triste: muchas de ellas, indiscutiblemente inteligentes, esgrimían ideas válidas y brillantes, pero se anulaban al tocar el discurso con una dosis de traición venenosa, que ellas suponen el hombre les ha venido inyectando desde el despertar de los siglos. Entraban muy bien a la conversación, con sus vocecitas dulces y cautivantes, y terminaban borrachas, vociferando como salvajes. Cansado de aquellas reuniones me lancé a los burdeles y a la vida gris de dandy mísero, a escribir mis libros imperfectos. Esto me fue recompensado con el alejamiento gradual e inconsciente de los grupos. Cuando algún reportero me hacía preguntas acerca de mi "obra", respondía con desplantes que me granjearon primero mucha publicidad, gracias a la cual pude sobrevivir algún tiempo; por lo cual di paso a aquel instante brevísimo, a aquella centella que alumbraba de pronto a un microinstante de mi memoria intelectual, para aliviar un poco lo fatigado que podría resultar el diálogo con aquella mujer, pero su belleza era tan abrumadora que perdí los estribos y le dije:

-Si hay algún cuadro que usted desee, no tendré problema en obsequiárselo.

-¡Oh, sí, quiero aquél! –exclamó, señalando a uno muy grande.

Quedé desilusionado, pues no sabía que aquella mujer fuese tan directa, sentimentalmente hablando. En ese momento llegó un sirviente ofreciendo trozos de carne de lomito envueltos en tocineta, y tuve realmente un momento crucial: decidirme por la carne de res o por la tentación lúbrica de la carne humana. Opté por esto último, pero antes di un golpe en la bandeja, para saciar mi libido gástrica. Ella me

preguntó por qué lo había hecho y yo le respondí: "Era carne contaminada" Y agregué: "Pero volvamos a lo del cuadro, estoy dispuesto a obsequiárselo".

 Oh, gracias –respondió ella, con un gesto deliciosamente afectado.

Por supuesto, yo no tenía ni un centavo, y presto me dispuse a descolgar el cuadro, cuando un vigilante me gritó:

-¡Eh, amigo, qué cree que está haciendo!

El hombre venía hacia mí empuñando un arma, y sin darme tiempo a pensar, me obligó a incrustarle en el cuello el mamotreto impresionista.

La hermosa mujer primero rio, luego comenzó a llorar, inconsolable. Yo le daba palmaditas diciéndole: "Ya pasó, ya pasó", pero esas palabras le provocaban más llanto. No sabía qué hacer, mirando aquella dama llorar la muerte del arte. Hasta me conmoví un poco, y le dije que era posible restaurar el cuadro.

-¡Es usted un imbécil -gritó sorpresivamente-. Este salón es mío y usted me ha hecho perder más de un millón de dólares!

Decía esto cuando el guardián comenzaba a volver en sí. La dama, eufórica, le dio una orden precisa:

-¡Ahora, Klaus, levántate y aniquila a este grosero!

El hombre, enardecido, se sacó el cuadro del cuello y empuñó un revólver. Viéndome en desventaja, corrí del lugar. Oí varios disparos a mi espalda, que por suerte no me dieron.

Atravesé la fiesta como alma que lleva el diablo, dando zancadillas a los hombres más desagradables, y tocando los traseros a las mujeres más pródigas en carne. Era una lástima tener que salir de ahí. Con todo lo que prometía esa parte de la fiesta. En la huida, vi fugazmente al doctorcito

copulando con la trigueña de ojos azules e inmenso trasero, la mujer de sus sueños. Ella estaba encima de él, y las nalgas se apreciaban en toda su hermosura.

Pensar en aquel gorila armado corriendo detrás de mí, imprimía mayor velocidad a mi carrera. Una sola vez volteé y lo vi tan cerca, que casi me di por muerto. Disparó y la bala cayó sobre una señora, la cual a su vez cayó aparatosamente sobre una mesa de banquete. Esto me ayudó mucho, pues la gente se arremolinó rápido en torno a ella, formando una barrera que detuvo un poco al gorila-guardián.

Busqué desesperadamente el ascensor de salida, pero no pude encontrarlo con facilidad. Di muchas vueltas; al fin pregunté a un señor dónde estaba.

-De aquel pasillo de allá, a la derecha -dijo el hombre, señalando con el dedo.

-Gracias -dije, y corrí. Miré brevemente hacia atrás y vi otra vez al gorila-guardián. No cesaba de dispararme. Divisé la puerta del ascensor y corrí con más fuerzas.

Estando a mitad de camino, sentí un balazo en la pierna derecha, y caí. El miedo me hizo levantar automáticamente, y continué corriendo en una sola pierna. Llegué al ascensor a duras penas y pisé el botón. Las compuertas abrieron justo cuando otra bala me alcanzaba en un brazo.

-¡Cierre las puertas rápido! -dije a la ascensorista. Las balas seguían dando contra las paredes. Al fin las puertas cerraban y el ascensor bajaba.

-¡Está usted herido! -dijo la ascensorista con una expresión tan inocente que por un momento me hizo olvidar las heridas. La hemorragia de la pierna era copiosa, y ella no vaciló en quitarse la blusa para aplicarme un torniquete, pues no había nada más a la mano. Sus senos quedaron al

descubierto, y casi me desmayo. Ya eran demasiadas impresiones juntas. Le dije que me sentía muy triste y ella permitió que recostara mi cabeza entre sus dulces senos. Los besé, y esto me reconfortó.

-Lo llevaré a un lugar seguro -dijo, en tono maternal, mientras se abrían las puertas. Me apoyé en ella; mientras andábamos yo no cesaba de poner mis mejillas en sus senos.

-Tranquilícese -me dijo-. Esto le puede hacer daño. No debe excitarse. Cuando sane, tendrá oportunidad de hacerlo con frecuencia.

-Discúlpeme -le respondí-. Pero el doctor me dijo que las ascensoristas aquí se ven sola una vez.

 No ha debido decírselo –dijo ella gravemente–. Eso desilusiona a los invitados.

Al fin llegamos a una puerta roja. Abrió una mujer vestida de blanco.

-Aquí estará seguro -dijo. La mujer de blanco me haló hacia adentro.

-¡Por favor, no me abandone! -grité a la ascensorista-. -¡No me abandone! ¡No quiero enfermeras! ¡Por favor! MI ESTADO ERA DEPRIMENTE. Metido en una cama, lleno de vendas y algodones y envuelto en ropas blancas y almidonadas, sin poder mover más que un brazo y una pierna. Seguramente me habían inyectado, pues sentía el dolor que dejan las agujas. Mi boca estaba seca y mi lengua impregnada de un gusto desagradable, de un vaho fétido. Si hubiese podido morderla y escupirla, me habría sentido mejor.

La camilla estaba situada en un salón que producía terror, pues era excesivamente grande para la exigua cantidad de camas que albergaba, todas muy distanciadas unas de otras. Los enfermos no podían verse entre sí. De vez en cuando se oían los quejidos de los inválidos, multiplicados tétricamente por las frías paredes. El techo era muy alto, y ello ayudaba a ampliar el eco a través de un espacio inmóvil, pesado.

Reconstruí el incidente con la hermosa dama del salón de arte, mi depresión alcanzó niveles muy altos, pues aquella era la única mujer que había idealizado, y todo se vino debajo de la manera más vulgar. Una mujer te pide un cuadro y... ¡el cuadro le pertenece! Después... aquel vigilante asesino, el doctorcito, las ascensoristas... y ahora en este lugar de

donde según parecía no iba a salir nunca. No podía afirmar que se trataba de un hospital o de cualquier otro centro de rehabilitación, aunque las enfermeras, semejantes a robots, salieran de las sombras llevando desproporcionadas bandejas llenas de bocados que sólo un demente podía comer. Nunca se veían médicos o movimiento externo, excepto las tercas enfermeras, quienes no sabían decir otra cosa que "Tranquilícese", "Coma", "Despierte", "Beba" o "Duerma".

Mi pierna y brazo iban en lento proceso de curación, pero mis nervios estaban deshechos. En cierta ocasión me vi tan alterado que, al ver acercarse a otra de las enfermeras, contuve una enorme cantidad de ira, que desahogué al fin, al tenerla cerca. La di una patada en el estómago y cayó privada; una vez en el suelo me dediqué a insultarla con las peores palabras. Al volver en sí yo seguía imprecándola, y se levantó sin decir palabra. Después regresó con una legión de enfermeras, todas esgrimiendo sendas inyectadoras, que se clavaron por todo mi cuerpo.

El efecto de las inyecciones me duró muchos días. Permanecí embobado, pensando en mi niñez, en mi familia y cosas por el estilo. Para no sucumbir de idiotez, comí los horribles bocados que me traían las mujeres, las cuales, por venganza, hacían todo lo posible por servírmelos más repugnantes. Fue justamente en esos días cuando vi una libreta y un lápiz en una mesita que tenía al lado. Los tomé y escribí lo siguiente:

Estoy harto de esta fiesta, pero la soporto. Conozco a toda la gente, pero no he visto ni una sola cara familiar. Quizá estoy loco, pero le encuentro un sentido a todo desde el principio, aunque he sufrido peores engaños. Hago de las mías para salir del tedio, pero ahora que me encuentro en medio de él, me niego a soportar sus reglas. ¡Quiero hablar sólo tonterías!

¡Vengan, damas ociosas, estoy hasta la coronilla! Si Dios existe y me ayuda a salir de todo esto, prometo casarme y tener hijos, aunque yo una vez haya sido un hijo y haya tenido una madre, y todos los que están aquí hayan tenido que ser engendrados para atormentarme. Pero nadie, ni yo mismo, va a acabar con mi vida, excepto mi vida.

Leí el papel con detenimiento, y luego lo lancé al tacho de la basura. Nada lograba calmarme. De haber continuado en ese estado mucho tiempo, me hubieran sacado directo a un manicomio. Tuve entonces que recurrir a mis trucos, actuando de manera contraria (los extremos dan casi siempre buenos resultados) y fingiendo ser amoroso. Comencé por halagar a las enfermeras; les decía palabras agradables y me portaba bien. Al fin tuve que declarar mi amor a una de ellas, quien al principio fingió no hacerme caso, pero después cayó en la trampa, al decirme, en vez de "Duerma": "Duerme, mi amor". Fue algo fantástico. Al día siguiente vino a inyectarme. La esperé y le dije: "Buenos días, cariño". Ella respondió con un dulce "Buenos días" y yo inmediatamente la besé. Estuve a punto de vomitar. Después le dije Préstame tu invectadora, vo mismo voy a invectarte, para probarte que te amo. Me la cedió amablemente, y entonces puse mi plan en acción.

Salté sobre ella y la puse de espaldas, al tiempo que colocaba mi brazo alrededor de su cuello, listo a estrangularla. Luego amenacé: "Si haces un solo movimiento o ruido que pueda delatarme, te meteré en la nuca esta inyectadora. Ahora dime cómo salir de aquí".

Al sentir la fría aguja en el cuello, se congeló. Me condujo sumisamente hasta una puerta cercana. "Es la puerta de emergencia", dijo.

Estaba en lo cierto. Afuera se veía el movimiento de la fiesta. "Gracias", le dije, y le clavé la inyectadora en el cuello, pero no sintió nada.

"No entiendes", dijo. "Hago esto por amor, no por miedo".

Yo salí corriendo despavorido. Volteé a verla, y aún me decía adiós con la inyectadora clavada, y hasta lucía guapa desde lejos.

## VIII

AL ENCONTRARME OTRA VEZ en la fiesta sucedió que mucha gente me miraba con atención. Ojos me escudriñaban. Poco a poco se iban congregando para contemplarme, y los nervios no me dejaban en paz. Acepto que andaba un poco raro con aquellas ropas de hospital, pero no era para tanto. No sabía si gritar o echar a correr. Inesperadamente una adolescente salió del tumulto con una libreta y un lápiz en la mano, y me preguntó:

-¿Me daría usted su autógrafo?

Completamente desconcertado, garabateé unas letras en la libreta. Siguieron más y más niñas con libretas, y después todo el mundo se volcó hacia mí exigiendo autógrafos. Seguí haciendo lo que me pedían para ver si se calmaban, pero se volvían más eufóricos. No aguanté. Tomé suficiente aire para mis pulmones y grité: "¡DÉJENME EN PAZ!" Inmediatamente alguien me alzó en vilo, y pronto estuve levantado en hombros por una turba que gritaba cosas como "¡Viva el elegido!" "¡Loor al héroe!" Enseguida entonaban himnos y marchaban. Yo continuaba bamboleándome entre los brazos de aquellos insanos. No lo resistía. Los nervios cobraron

al fin su cuota de venganza, y comencé a llorar como un niño. Alguien se dio cuenta y dijo: "¡Miren, está llorando de emoción!". Esta exclamación agudizó mi llanto, el cual fue creciendo al lado de gemidos desgarrados que me lograron producirme odio hacia mí mismo. Mis lágrimas cursis casi bañaban a los fanáticos, quienes, cada vez más acelerados, estuvieron a punto de convertirme en una pieza de malabarismo. Por fin se detuvieron frente a unas escalinatas, y dos sirvientes me condujeron a una silla (fue entonces cuando me di cuenta de estar curado completamente de las heridas) o más bien a un trono donde me coronaron, pronunciando frases ruidosas. Sentaron a mi lado a una mujer -supuestamente la reina de aquella farsa- quien parecía estar viviendo una situación semejante a la mía, pues me miró con sus ojos caídos y con semblante desdibujado. Por un momento creí estar viendo a un fantasma.

Poco después nos coronaron. Viéndome en tal estado ridículo, estuve cerca de mandar a todos al infierno, cuando me cercioré de que la masa era aún más numerosa. Si lo hacía corría el riesgo de ser linchado. Todos me exigían palabras para celebrar e inaugurar mi nuevo gobierno y para saludar al pueblo, ofreciéndoles las mentiras que los políticos acostumbran. Yo no podía hacer eso, pero al fin les dije lo que me vino en gana:

−¡Exijo ver a mi anfitrión!

Unos sirvientes salieron prestos a obedecer la orden y yo esperé en el trono, un poco lelo, la aparición del anfitrión. Me descubrí empuñando un pesado cetro, el cual arrojé con todas mis fuerzas hacia lo profundo del salón. Dio en la cabeza de algún inocente, pues oí a una mujer lamentarse:

-¡Mi padre, han herido a mi padre!

Aturdido por el accidente, sólo acerté a decir:

 De cierto os digo que, desde ahora, deberían hacer los cetros más livianos.

Sin embargo, no logré atenuar el odio de algunos vasallos, pues el viejo murió de una intensa hemorragia, por lo cual no vi nada más acertado que ordenar para el señor un funeral con honores de héroe. Justo diciendo esto, la corona, que me quedaba floja, cayó de mi cabeza, desmoronándose. Ya era demasiado. Una irrefrenable ira creció en mis entrañas, y ya me disponía a quitarme toda mi ridícula vestimenta de falso rey, cuando divisé a unas vasallos trayendo por la fuerza a un hombre:

-Su Majestad: he aquí al anfitrión -anunciaron.

Me acerqué a reconocerlo. Lo que constataron mis ojos sobrepasaba a todo lo visto anteriormente; tanto que no sabría relatar esta historia sin saber si lo hago desde mi perspectiva o a la de ese anfitrión, quien desde luego me parecía el único ser auténtico de aquella fiesta. Recordé la frase: "el anfitrión es usted mismo".

Desde ese momento no me importó otra cosa, sino salir de aquel lugar. No sé de dónde saqué valor para *llamarme a mí mismo*. El anfitrión vino (tampoco sé cómo soporté a mi propia persona escuchándome, con sus ojos y oídos tan cerca de mí) y le rogué al fin me ayudara a salir de la fiesta.

-Ven -me dijo, tocándome el hombro. El contacto de sus dedos me transmitió algo espeluznante-. Sígueme.

Atravesamos lentamente salas y salas, abriéndonos paso escoltados por cuatro lanceros. La reina, mi compañera, quedaba atrás, mientras tanto, inclinada sobre sus ojos fantasmales. Sentí pena por ella.

La gente comenzó a inquietarse. El anfitrión me dijo:
—Saluda al pueblo, halágalo.

Levanté el brazo y fingí sonrisas.

¡Pueblo querido, autor de las mayores revoluciones, el contacto con ustedes me enaltece, ustedes son la razón de ser de mi vida, mi misión más noble es elevar hacia Dios las más justas plegarias de paz y de amor, mi compromiso más grande es obedecer vuestra voluntad, y enaltecer la patria!

Pero nada de cuanto dije lograba calmar al pueblo. La insurrección popular crecía, y ya comenzaba a temer por mi vida. Los lanceros intervenían de vez en cuando, metiendo sus lanzas en los ojos del populacho enardecido.

-¡Muera el rey, el pueblo ha sido burlado! -repetían.

Comenzamos a avanzar, poniéndonos a salvo de la turba. Mi anfitrión me dijo al oído: "Aquella es la puerta de salida. Dirígete a ella con mucha naturalidad y no lo olvides: nos vemos en la otra vida."

Tales palabras no dejaron de conmoverme, sobre todo si pensaba que provenían de la única imagen mía fiable. Antes de darle un abrazo y desearle suerte a mi otro yo diciéndole "¡Nos vemos!" le hice una solicitud superficial, pero que para mí tenía importancia: "Déjame ver tu cuello, pues muy pocas veces puedo vérmelo en el espejo". Después de verlo sí que pude olvidar algunas dichas terrenales y pensar en el cielo que han imaginado los santos. Nos despedimos. En eso alguien gritó:

-¡El rey escapa, tras él, tras él!

Me tocó salir disparado nuevamente contra otra puerta. Nadie logró detenerme. Fui con impulso excesivo. Todos pedían mi cabeza: me di por perdido: la puerta: ¿abría hacia adentro o hacia afuera? Hacia fuera: al darle el empellón con el hombro me fui de bruces y:

No podía detener mis pasos, pues las escaleras sobre las que fui a dar una vez hube traspasado la puerta eran muy inclinadas. Por fin un pie se dobló, y me estrellé. Aunque medio muerto, vi con infinita alegría el movimiento de la ciudad. ¡Era libre al fin! El porrazo que recién me había dado convertía mi alegría en un embotamiento agradable, del cual no deseaba salir.

Poco después oí una voz gangosa que preguntaba:

- -¿Le ha ocurrido algo al señor?
- -¿Al señor? -pregunté, sacudiendo la cabeza.
- -Creo que está usted lastimado -dijo un viejo andrajoso, ayudándome a levantar. Se quedó viéndome con una sonrisa de piedad, mientras yo trataba de arreglarme un poco. Había algunos rasguños en mi cara.
  - -Fue un resbalón aparatoso -dije nerviosamente.

Me sentí feliz de que alguien me tuteara, y eso me infundió confianza hacia el hombre que tenía frente a mí; tanto que le pregunté rápidamente:

- -¿A qué te dedicas?
- -Soy mendigo. Te invito a caminar.

- Sí, lo mejor será alejarme cuanto antes de esa ca...
  sa...-gagueé.
- Debe estar equivocado –afirmó el mendigo, al ver que yo señalaba al vacío. Y agregó:
  - -Siempre ha sido un terreno baldío.

Era completamente pasmoso. Había frente a mí una tierra estéril, con algunos arbustos secos y perros flacos oliendo desperdicios. Yo estaba seguro de haber salido disparado desde esa dirección, y antes de que pudiera salir de mi asombro, él agregó:

- -Desde hace tiempo han venido ocurriendo cosas en ese lugar.
- -¿Y qué sentido tienen entonces estas escaleras, que van a dar allí, a aquel alto? –inquirí.
- Eso mismo se pregunta todo el mundo, sin hallar respuesta.

Aún estupefacto, volví a mirar las escaleras para cerciorarme de todo cuanto mis incrédulos ojos tenían enfrente: una tierra reseca despedía sus vapores hasta retorcer la atmósfera, y desfigurarla. Hacía tanto calor que la camisa me quedó completamente adherida al cuerpo, y las gotas de sudor me resbalaban hasta las comisuras de la boca. Fue el único instante de mi vida en que sentí el horror, la presencia misma de un infierno ramificándose hasta las desgastadas bisagras de mi mente, las cuales sonaban al borde un abismo donde yo hacía equilibrio para no caer, y daba traspiés que me hundían y condenaban. Si hubiese estado un rato más delante de esa tierra, me habría hundido en ella o fundido en el calor. Irremediablemente. La voz del mendigo me salvó.

-¡Venga, regrese, se lo ordeno!

Obedecí automáticamente, dando pasos en falso hacia atrás, y me habría caído otra vez si el mendigo no me sostiene.

-¡Vámonos de aquí -gritó, halándome de la manga. Di un último vistazo al lugar, y por un momento creí ver la mansión a la cual había sido invitado. ¿La vi? No podría decirlo. Seguí remolcado por el mendigo a través de largas cuadras, y finalmente me senté al borde de una acera, donde respiré hondo y me llevé las manos a la cabeza, tratando de alisarme un poco la mente. Más tarde el mendigo me anunciaba que debía pararme de ahí, pues según él nos encontrábamos en un barrio muy peligroso. Esta noticia me alivió, estaba harto del derroche y me hallaba ávido de aventuras reales.

Le dije que no pensaba salir del barrio, y que ahora era él quien debía seguirme a mí. Busqué con impaciencia cualquier bar donde beberme una cerveza fría, y encontré uno que se adaptaba a mis necesidades: una barra perfectamente barnizada por el mugre salido de los infinitos codos de los bebedores de todas las calañas, quienes se gritaban incongruencias entre sí y daban risotadas feroces. Nervioso, el mendigo se sentó a mi lado emitiendo unas risitas que parecían expresar agradecimiento, pues el muy mentiroso se hallaba en su ambiente.

Bebimos cerveza desaforadamente, y mientras nuestros vientres se ensanchaban y nuestros ojos empequeñecían, el mendigo me contaba algo de su lejana infancia, yo le hablaba de mis fracasos amorosos, el de la insoportable hipocresía humana, yo le decía de memoria versos de algunos poetas griegos, él me conversaba acerca de sus hijos perdidos, yo le decía que había que poner más música, él moqueaba y lloraba a ratos, yo me reía, él pedía más cervezas, yo decía

que a pesar de todo, él reía, yo moqueaba y lloraba a ratos, nos abrazábamos y salíamos dando tumbos.

Así anduvimos en muchos cuchitriles, casi bebiéndonos los olores que salían de las almas de los beodos. Ligamos bebidas de todo tipo y terminamos tomando un fermento de caña que pasaba quemando casi nuestros gaznates, pero nos impulsaba hacia zonas más puras del delirio. En medio de esos estados yo me quedaba viendo al mendigo y advertía en sus ojos algo así como la sabiduría de la noche, un destello amargo en sus pupilas que me hablaba de cosas oscuras. Su pobreza le había conferido el don de poder hablar sin tener nada qué perder, como si hubiese rezumado en él el desarraigo humano.

En honor a ello gasté los últimos billetes que llevaba, en varios días de farra por aquellos lupanares, en medio de mujeres que nos decían cosas cifradas al oído; salían de la penumbra a ofrecernos su lascivia. Estando en sus lechos casi no podía distinguirlas bien, sino apenas sus perfiles, pues estaban como bañadas de una sombra tenaz, nacida de otra sombra. Salimos impregnados de esa sombra; nos costó bastante acostumbrarnos a la luz.

Cuando ya se nos terminaba el dinero, el mendigo y yo nos dirigíamos a los parques a comer frutas, y allí, acostados en la hierba, las mordíamos mientras en el cielo las nubes nos hacían divagar, y entonces él me hablaba de su primer empleo, yo le decía ¡qué fresco tan agradable está haciendo!, él que le dolían los pies de tanto vivir, y arrojaba con desencanto restos de fruta a la superficie de los estanques, yo comenzaba a ponerme nostálgico, él a ponerse tedioso, y llegábamos a dar enormes bostezos que interrumpían los besos furtivos de los adolescentes. Nos quedábamos dormidos

y siempre sentíamos el inoportuno llamado de los guardianes del parque, anunciándonos que ya era hora de marcharnos.

Cuando llegamos al límite de no tener nada que comer o beber y nos disponíamos a despedirnos de aquella desacostumbrada experiencia, el mendigo me dijo que me haría una invitación muy especial. Yo ignoraba de dónde iba a sacar dinero, pero de todos modos lo seguí.

Llegamos a una casa de construcción antigua, de dos pisos. La antesala a la puerta que debíamos trasponer la constituían unas escaleras que descendían a una especie de cueva, a donde el mendigo entró con mucha desenvoltura, saludando a gritos a sus moradores, quienes duraron mucho en aparecer. Por fin salió una señora, sacudiendo su mugriento delantal. Él dijo en voz alta que se trataba de la mujer más bondadosa del mundo, y que yo era una persona muy importante.

Atendiendo a las reglas de urbanidad esperé sentado en el recibo, mientras ellos secreteaban no sé qué cosas en la cocina. Yo comenzaba a ponerme nervioso. Descubrí que el prolongado encierro en la fiesta me había producido una nueva enfermedad: claustrofobia. Minutos después el mendigo me hizo señas de complicidad, indicándome que me acercara. Acudí a su llamado y la señora (que seguía sacudiéndose el delantal) me dijo:

-No se preocupe. Está usted en su casa, pase adelante. El mendigo abrió otra puerta.

La sorpresa que experimenté cuando estuve al otro lado de la puerta no fue menor a la producida al encontrarme por primera vez dentro de la memorable fiesta anterior. Si la primera era un derroche de los sentidos, ésta era una orgía de la mente. Innumerables pordioseros comían, bebían, conversaban, gritaban, reían, caían al suelo, hacían el amor, morían. Sus hijos harapientos trepaban a las mesas, a las sillas, a los cuerpos de sus padres, metían los dedos dentro de las chorreantes tortas de carne, mezclando postres de fresa con salsas hirvientes de pavo, mientras sus madres regordetas recogían sobras del suelo para darlas a perros y gatos que dormitaban en los rincones.

Aquella mezcla de olores y sensaciones me produjo un vahído que me hizo rodar por el suelo. El mendigo intentaba darme nuevos ánimos.

-¡Aprovecha! -gritaba-. ¡Este es el último banquete de los pordioseros!

En medio de mi turbación escuché aquella terrible frase, y entonces salté como un galgo preguntando

-¿Qué quieres decir con lo de "último"?

-Es un banquete suicida, pero no temas. Nosotros participaremos desde otro punto de vista. Hemos sido invitados a animar el banquete con algunas canciones. Yo cantaré, y tú tocarás la guitarra.

No sé de dónde había sacado que yo tocaba guitarra (nunca había logrado sacar un acorde melodioso de ningún instrumento), pero velozmente me dio una, y en seguida comenzó a entonar una tristísima pieza renacentista, que yo acompañé casi a la perfección. La melodía se hacía cada vez más larga, y los ya extenuados mendigos comenzaban a desgonzarse sobre las sillas, aunque yo insistiera, con mis arpegios, en levantarles el ánimo, ejecutando acordes de improvisación que no habría alcanzado ni con veinte años de estudios musicales, mi amigo lograba registros perfectos, que fueron declinando finalmente, cuando todo flotaba en un silencio indiferente.

- -Por fin han muerto -dijo él.
- −¿Muerto?
- -Claro, ¿has olvidado que era su último banquete?

Me fruncí de hombros diciendo "Ahora salgamos de aquí". Él abrió la pequeña puerta del salón y agregó: "Ahora nos toca a nosotros". Al otro lado nos esperaba la mujer que –aún sacudiéndose el delantal— nos invitaría a sentarnos a una mesa donde nos aguarda un pequeño pero delicioso banquete. Comimos y conversamos en paz, como gente decente. ¡Al fin disfrutaba yo de una comida verdadera, en calma! Yo mascaba los pedazos (no sabía de qué) con lentitud, en tanto miraba detenidamente el ambiente: en las descascaradas paredes colgaban retratos desvaídos, algo así como transfiguraciones lejanas del rostro de la mujer del

delantal, y pequeños altares con velas encendidas ocupaban los rincones. Las sombras temblaban casi todo el tiempo; no sé por dónde entraba un vientecillo helado que hacía menos viciado el aire.

El mendigo desplegó una conversación de altura asombrosa. Citaba párrafos de filósofos y poetas, y seguía hablando de sus concepciones acerca del hombre con fluidez pasmosa. De vez en cuando interrumpía para preguntarme: "¿Qué piensa usted?", y yo no sabía contestar nada. Llegué a sentir que se estaba convirtiendo en otra persona, cuando efectivamente vi su rostro cambiado. Los ojos le brillaban y ahí mismo, frente a mí, vi cómo la barba le crecía y tornábasele blanca. Al mismo tiempo la mujer –que al fin había dejado de sacudirse el delantal- empezó a ponerse más y más gorda. Las mejillas le crecieron tanto, que no podían distinguírsele los ojos; articuló una risilla sardónica que me puso los pelos de punta, y el mendigo también comenzó a herirme con bromas ácidas. Los bocados que anteriormente me habían sentado bien, ahora se empelotaban en mi garganta. Sentí una náusea espantosa, e inmediatamente vomité sobre los vasos y las tazas.

El mendigo ni siquiera se inmutó. Se tornó serio de repente y dijo en tono grave: "Mi querido amigo, ha sido un placer conocerte", y se derrumbó sobre la mesa. La gorda, que desde el principio hacía crujir la sillita donde estaba sentada, al fin le hizo ceder las patas, desplomándose aparatosamente. En ese instante las velas se apagaron, y quedé en la completa oscuridad. Pensé que aquellos eran los últimos instantes de mi existencia, pues nunca había presenciado algo tan parecido a la muerte. Cerré los ojos y esperé la definitiva llegada de las tinieblas, pero el hedor del vómito no me

dejaba morirme. ¡Qué situación tan extraña! Un banquete de pordioseros suicidas... dos muertos que se transfiguran... esas velas... ¡Yo mismo era tan extraño!

Esperé que mis ojos se acostumbraran un poco a la oscuridad, mas ésta era tan total, que no me fue posible. Entonces me paré a tantear las paredes, procurando encontrar la puerta de salida, pero mis manos no daban con ella. El calor crecía, y sentí que me faltaba el aire. ¿Era mi destino morir asfixiado, de una manera tan espantosa? ¿Hasta cuándo iba a estar buscando puertas para salir? ¡Estaba harto de las puertas! Sufrí mi ataque de cólera preferido, el cual manifesté a través de un imponente grito que hizo temblar el recinto... y abrir al fin la puerta. Entró un frescor que era como volver a nacer, y marché hacia lo que parecía mi libertad definitiva.

Era de Noche, hacía frío, y la ciudad estaba callada. Eché una última mirada a la cueva, y sentí piedad por el mendigo. Había sido un gran tipo. Siempre lo recordaré.

Tomé algunas inhalaciones de aire fresco y caminé, con las manos en los bolsillos, por las aceras de la ciudad que apenas reconocía. Me tomó mi tiempo adaptarme: entrar a esa noche cautelosa era como entrar a mi propia alma, caminando lentamente por el borde del asombro. Miré las luces, envueltas por una niebla fina que parecía venir de otro mundo. Por momentos, me daba la impresión de estar caminando al ritmo de la neblina, suspendido entre ella. Más tarde un hombre se dirigió a mí, a pedirme fósforos. Por suerte, yo tenía una cajita en el bolsillo, y al encender el cigarrillo pude ver, a la luz de la llama, el rostro desgastado del hombre. Me alegré, porque hacía mucho tiempo no veía yo un rostro completamente normal, un rostro humano. Me dio unas secas "Gracias" y se alejó, combado sobre su cigarrillo.

La niebla, el frío y las luces hacían pensar en cosas irreales, pero, como ante el miedo a lo desconocido la mente obliga a buscar cosas inmediatas, me vi planificando mis días venideros. Me buscaría compañía, me encontraría un buen trabajo o me dedicaría a viajar eternamente, hasta reventar de cansancio.

Barajaba todas estas posibilidades mientras mis pies me conducían hacia una especie de lontananza desdibujada, de donde no había regreso. No sé por qué se me aguaron un poco los ojos: quizá por la vieja nostalgia que sentía de mímismo. Me miré las manos, todavía fieles a la persona mía. Poco después me tocó dirigirme a otro de los oscuros transeúntes, a pedir un cigarrillo. Esta vez sentí que él, mientras encendía mi cigarrillo, detallaba mi rostro. ¿Quién era yo? Le dije "Gracias" y me alejé, a dedicarle todo el tiempo a mi cigarrillo. ¡Qué ganas de fumar! Me senté en una escalera a disfrutar del humo que corría por mi garganta y calentaba mis pulmones, cuando vi a la luna aparecer de pronto entre la ya diluida neblina. Era una luna grande, chata y amarilla que me miraba con sus ojos hundidos, y yo imaginé que en el fondo de aquellos volcanes inertes dormían todas las almas de los perros asesinados, y que también todos los humanos íbamos algún día a aullar sobre el rostro oculto de la luna. La miré tanto, que quedé hipnotizado con el movimiento de sus mareas invisibles, y ya no sentí miedo de morir. Más tarde descubrí que mis ojos estaban hinchados, de tanto derramar lágrimas inútiles.

Cuando me levanté de las escaleras, estaba amaneciendo. Caminé por calles que ahora sí reconocía, y más adelante divisé la fachada de mi casa. Llegar otra vez a ella y ver su puerta, me recordaba a la fiesta, en la que había hecho todo lo posible para apartar de mí la soledad.

En la calle la gente va muy temprano a trabajar, oh vidas sencillas. Yo siempre llego tarde. Saludé a mis vecinos con mis sonrisas y gestos habituales, mientras metía la llave en la cerradura. El olor de mis objetos me envolvió, y me dirigí hacia mi raído sofá. Ahí me senté, y aún con algunas imágenes de la fiesta dando vueltas en mi memoria, eché la cabeza hacia atrás y me quedé dormido.

## Índice general

Una excursión al subterráneo Salvador Garmendia	7
I	13
II	21
III	27
IV	31
V	37
VI	43
VII	55
VIII	59
IX	63
X	69
XI	73

Edición digital Junio de 2018 Caracas, Venezuela



Una excursión al subterráneo, un viaje a la profundidad de la conciencia, a la búsqueda del ángel extraño que al final no es más que un resplandor cotidiano, constituyen el propósito de Una fiesta memorable, cuyo anfitrión es también su propio huésped. Los personajes que desfilan vertiginosamente, son apenas gestos, trazos agresivos, aullidos, alguna mueca desdeñosa o amarga. El humor estalla en medio de formas humanas, volviéndolas añicos; el instinto se cuela por todas partes; el aturdimiento, la soledad, el latido de la conciencia, el miedo y finalmente ciertos rasgos, también, de ternura y nostalgia, que hacen aparecer las imágenes de la infancia. Al final de cada instancia acude la fatiga, la enfermedad, el asco y la necesidad de reposo, que ha de concluir cuando otra embestida del tiempo nos arroje una vez más al antro de la fiesta, donde nos recibirá la pesadilla y el aturdimiento.

Salvador Garmendia

Gabriel Jiménez Emán (Caracas, 1950). Escritor venezolano destacado por su obra narrativa y poética, la cual ha sido traducida a varios idiomas y recogida en antologías latinoamericanas y europeas. Ha recibido, entre otros reconocimientos, el Premio Municipal de Narrativa del Distrito Federal, el Premio Romero García de Narrativa del Consejo Nacional de la Cultura y el Premio Nacional de Narrativa Orlando Araujo, II Premio Nacional del libro de Venezuela 2004 por la Coordinación Editorial del libro Estudios grecolatinos, de Elisio Jiménez Sierra, otorgado por el Centro Nacional del Libro; II Premio Nacional del Libro de Venezuela 2005 en Creación Literaria Sub-categoría Narrativa (Novela) con la novela *Paisaje con ángel caído* (Ediciones Imaginaria, 2004) y el Premio Solar de Ensayo de la Fundación de Cultura del Estado Mérida con el libro *El espejo lúcido* (2007).



